

ORIENTACION

ORGANO DE IZQUIERDA REPUBLICANA DE VALDEPEÑAS

PRECIO DE SUSCRIPCION MENSUAL 0,75 PTAS.

NUMERO SUELTO 0,15 PTAS.

1937

MAYO

3

LUNES

De los trabajos publicados responden sus autores

AÑO III

Redacción y Administración: Sebastián Bermejo, 7 (Izquierda Republicana)

Núm. 59

La Dirección de la guerra y de la revolución, corresponde al Gobierno

Ganar la guerra es ganar la revolución. Se puede permitir a un hombre que siempre fué disciplinado el decir una verdad a la opinión pública, que es la llamada a recogerla. Si la recoge, me doy por satisfecho, y si nadie quiere hacerme caso, la sepulto otra vez en el silencio de mi conciencia y continúo practicando, como hasta hoy, la más severa disciplina. Esta idea es la siguiente: no se puede separar la guerra de la revolución ni la revolución de la guerra. Ambos problemas son un mismo problema. Lo único que yo quisiera es que todos comprendieran que las revoluciones se hacen siempre desde el Poder.

La revolución tiene dos períodos: uno de luchas en la calle para llegar a la conquista del Poder, y otro de permanencia en el Poder para realizar desde el Poder la transformación de toda la estructura social. Las revoluciones se hacen desde el Poder; por lo tanto, el llamado a realizar la revolución de todos, es el Gobierno. Porque si no es la revolución de todos y queremos cada uno hacer una revolución pequeñita, con arreglo a nuestro ideario y a nuestro partido, vamos a hacer entre todos la revolución del general Franco.

Para que hagamos la Revolución de todos, es menester que la haga un Poder que represente a todos. Para transformar una sociedad desde sus cimientos, no basta ni vale la acción suelta de cada individuo, ni de cada grupo, ni de cada municipalidad. Para hacer nuestra gran Revolución, la histórica, la española, la que transforme los cimientos de la sociedad y de la patria, el Gobierno debe ponerse al frente de la Revolución, y todos debemos robustecer con nuestra conducta la autoridad del Gobierno; porque cuanto mayor sea la autoridad del Gobierno, mayor será su prestigio y la eficacia y la profundidad de la obra revolucionaria. Apoyemos todos al Gobierno de todos, que es el Gobierno de la República, que es el Gobierno de España, que es el Gobierno de la libertad.

Ya hubo bastante acción esporádica, ya hubo bastante ensayismo ingenuo e infantil; lo que hace falta es que se trace un plan general de lo que deba ser la Revolución española (porque la Revolución es inseparable de la guerra y la guerra es inseparable de la Revolución), que se trace un plan general de lo que ha de ser la Revolución española, y que a todos los afines se les dé la confianza de que van a ser partes vivas de la Revolución española, que de la confianza surgirá la lealtad, y de la lealtad la unión, y de la unión, la disciplina. Y cuando todos estemos unidos y disciplinados, como la mayor parte lo estamos, después que hayan desaparecido las pequeñas, localizadas y esporádicas actitudes de insubordinación, será la retaguardia una inmensa fábrica de guerra y un inmenso campo de trabajo.

Así se ganará la guerra en la trinchera, y así se afianzará la Revolución en la retaguardia. Mas para obtener ambos propósitos, el primer paso debe ser robustecer la autoridad del Gobierno.

Leyendo estos días a don Joaquín Costa, maduraba un pensamiento profundo y atrevido, pero que voy a decirlos. Don Joaquín Costa, ante la imposibilidad de poner freno al temperamento disuelto, inconexo, incoherente de los españoles, llegó a a conclusión de que la Revolución española necesitaba lo que llamaba él un cirujano de hierro. Un cirujano de hierro que no es el tirano, sino el gobernante de origen popular; que no impone su capricho, sino que gobierna con la ley, recogiendo la palpitación unánime de todo el pueblo libre; que no gobierna para un partido, sino para toda la nación; pero tiene tal autoridad, tiene tal prestigio, y tal asistencia de la opinión pública que como cirujano de hierro, puede aplicar el bisturí implacable de la justicia ejemplar y extirpar el cáncer de la indisciplina donde quiera que se manifieste.

Mejor es que acertemos espontáneamente con la norma del

deber; pero si no somos capaces espontáneamente de unificar la retaguardia y de acabar pronto la guerra, tengamos al menos el valor de decir: Que venga el cirujano de hierro y que mientras dure la guerra, impere la ley de hierro de la guerra que afiance el triunfo de las armas leales contra el enemigo, eche los cimientos permanentes de la Revolución, y aplaste toda insubordinación que venga a mermar prestigios a la autoridad legítima del Gobierno republicano y revolucionario. El cirujano de hierro debe tener detrás a toda la patria; hoy, para ganar la guerra y afianzar la Revolución; mañana, para establecer la paz, asegurando la democracia, la libertad y la justicia igual para todos los españoles.

Sin preocupaciones de partido, sin política menuda y pequeña, sin aspiraciones reducidas, sin obedecer a normas ni a ideales de carácter particularista, sino inspirándonos en las enseñanzas de nuestra guerra y en los principios eternos de la justicia y de la libertad, hagamos al Gobierno fuerte (que no es el Gobierno dictatorial). El Gobierno fuerte, porque tiene en primer lugar todos los prestigios del Poder legítimo. Demos al Gobierno toda la confianza necesaria para que sea el Gobierno el que tome el timón de la Revolución, que cuando las revoluciones se desmenuzan en pequeños movimientos incompatibles entre sí, surge con la discordia la impotencia, y con la impotencia de la Revolución, el terror de la opinión pública, y con el terror de la opinión pública, la sombra de la tiranía, y con la sombra de la tiranía se desploma la libertad y se pierde la guerra.

Y un último pensamiento. Repito lo que ya he dicho en la tribuna del periódico republicano *El pueblo*. Creo que se hace demasiada política y poca Revolución. Cuando la patria está en un momento como el que España vive, no es lícito hacer política. Por «hacer política» entiendo anteponer los intereses menudos de partido y de organización, a los intereses generales de la patria, de la guerra y de la libertad.

No se debe hacer política en estos momentos; hay que buscar el ideal común que a todos nos una y trabajar, dejando a un lado nuestras pequeñas diferencias, por la causa común: Cuando no se hace esto, cuando todos los partidos se disputan las migajas caídas de la mesa del Poder, se me antoja que repiten la escena que tantos y tantos siglos han visto en torno al lecho de los ricos moribundos.

Quando los ricos mueren, se reúnen en torno a su lecho los frailes de todas las congregaciones: los Dominicos, los Jesuitas, los Franciscanos, las cien órdenes religiosas que padece la humanidad. Dicen que acuden a salvar el alma; pero persiguen hacerse con la herencia del muerto. Pues bien, cuando una nación está en guerra, los partidos y las organizaciones que en torno al lecho donde la nación padece, se disputan los girones del Poder, se convierten en congregaciones de frailes que parecen disputarse la herencia del moribundo. Mas se engañan los frailes de todas las congregaciones: La República no ha muerto ni morirá; se levantará de su lecho más viva y más fuerte que nunca, y si antes no ha cambiado la conducta de todos, lo primero que hará España, puesta en pie y sanada de sus heridas, será coger a todos los frailes y lanzarlos, por la ventana, a la calle, donde el pueblo pueda realizar en ellos la justicia ejemplar que merecen los que en un momento grande de la historia y de la patria no supieron poner los ojos del espíritu por encima de su hegoísmo particular y partidista, ateando las metas lejanas de la Libertad, de la Justicia, de la Humanidad, cuyos intereses son, en fin de cuentas, los que se ventilan en esta guerra que España está sufriendo.

Fernando Valera